

Joaquín Lobato, una pasión por los libros

Antonio Serralvo
Maestro



Joaquín Lobato con José Luis Cano y Giner de los Ríos en su casa de Nerja, enero de 1976.

Recibo la llamada de Eduardo Gallardo, efícamísimo secretario de la Sociedad de Amigos de la Cultura en la que me solicita, amablemente, como siempre, que escriba para el Boletín "Sociedad" sobre la relación de Joaquín Lobato con los libros. Es cierto que a pesar de lo mucho que se ha escrito y hablado de Joaquín, ha habido pocas referencias a esta faceta, tan importante, por otro lado, de su vida.

Se conoce al Joaquín poeta, al Joaquín pintor, al Joaquín articulista, al crítico de arte, al escritor de obras teatrales, al conferenciante, al ameno conversador..., pero poco se ha hablado del Joaquín apasionado por los libros.

Así pues, asumo el encargo, ya que considero, que merece la pena profundizar en esta faceta de la personalidad de Joaquín. Es cierto, por otra parte, que ofrezco mi personal visión, que

probablemente, otros amigos o familiares de Joaquín podrán complementar, o quizás refutar.

Comenzaré diciendo algo, que posiblemente, si se conozca de Joaquín, que era un apasionado de los libros en particular y de todo lo impreso en general. Su archivo conserva, desde programas de mano de cine hasta ediciones facsímiles de libros y cuadernos de arte, pasando por ejemplares casi únicos, revistas, periódicos, dípticos, programas, catálogos... pero sobre todo libros.

Cuando a finales de los años setenta, fuimos estableciendo una relación personal más estrecha y lo visitaba en su casa del conjunto Rubeltor, siempre me admiraba su estudio abarrotado de libros y cuadros, ordenado hasta la perfección. No había absolutamente nada fuera de su sitio, todo estaba exactamente colocado (claro que así era la única forma de que cupiese en la habitación) y los libros ocupaban toda una pared de

arriba abajo. También sobre la mesa de estudio, perfectamente colocados unos sobre otros en varios montones, había libros, y lo mismo ocurría en algunos muebles auxiliares y taburetes.

Con los libros era muy cuidadoso, casi maniático. Tenían que estar bien colocados, ni muy apretados ni muy sueltos, para no deformarlos y tenían que estar protegidos del polvo y la humedad, por eso había puesto cristales en los muebles de los libros, de forma que estaban a la vista y no se estropeaban. [No soporto el olor a los libros con humedad, comentaba muchas veces].

Cuando se trasladó a vivir a la calle Reñidero, se hizo construir a medida los muebles para colocar los libros, por supuesto con puertas de cristal y con estantes especiales, en algunos casos, para poder mostrar las portadas. La verdad es que tenía razón para hacerlo así. Su biblioteca guarda auténticos tesoros.

Cuando la enfermedad le atacó con más virulencia, no dejó de relacionarse con los libros. Cuando ingresó en el hospital en abril de 2003, me pidió, el primer día que fui a visitarlo que le llevase algunos libros de arte y el libro *"Hojas de hierba"* de Walt Whitman, pero eso fue solo el principio. Rápidamente la habitación fue una reproducción de su estudio, carteles pegados en las paredes, rotuladores, lápices, papeles de dibujo y muchos, muchos libros. Tantos que periódicamente había que llevárselos para desocupar el espacio, que rápidamente era ocupado de nuevo por más libros, y así sucesivamente. Lo mismo ocurría en casa de su hermana Reme. Periódicamente había que traer a Vélez numerosos libros, revistas y películas a las que también era aficionado porque materialmente no cabían en la habitación.

Los libros eran para él algo imprescindible, por eso de sus viajes siempre volvía cargado de libros. Libros que adquiría en los Museos, que indefectiblemente visitaba, pero también en librerías y grandes almacenes. Tenía además un especial talento para localizar libros interesantes. Yo lo he visto en diversas librerías, cuando ya se desplazaba en silla de ruedas, pasar por una estantería o por una mesa donde había libros y hacer que lo parasen delante de un libro que había visto de pasada y que al hojearlo resultaba verdaderamente interesante, bien por su contenido, por la belleza de su edición o por ambas cosas.

Le encantaban los libros bien editados, de bella tipografía, buen papel y buenas fotografías. Capítulo especial merecían los libros de Arte. Creo sin temor a equivocarme que su biblioteca es posiblemente la mejor biblioteca de arte que existe en

Vélez y especialmente en lo relacionado con la obra y la vida de Picasso.

Tampoco se queda corta en lo referente a poesía. Desde los clásicos a la actualidad, en cuidadas ediciones, muchas de ellas dedicadas expresamente por los autores y que recogen la poesía malagueña más importante y casi toda la andaluza desde los años sesenta a la actualidad, sin contar con las obras dedicadas por algunos de los últimos representantes de la generación del 27, y especialmente de Rafael Alberti.

El libro como objeto bello, como obra de arte en muchos casos, pero sobre todo el libro como forma de comunicarse entre dos personas, el autor y el lector. Joaquín participaba de estos dos papeles por una parte como autor y creador de libros por otra parte como lector interesado.

Como autor, procuraba siempre cuidar al máximo sus ediciones, utilizando una tipografía elegante y un papel adecuado y cuando era posible incluyendo ilustraciones propias o ajenas, pero siempre excelentes.

Como lector era persistente, cuando un tema le interesaba, procuraba leer todo lo existente sobre el mismo, son los casos de Picasso, Lorca o Alberti, o Zambrano, o París, o.... Cuando encontraba algún libro interesante, no paraba hasta acabarlo, eso sí, leyendo con especial cuidado para no estropear el libro. Era especialmente cuidadoso y muy observador de las personas en relación con el cuidado de los libros. En varias ocasiones me refería que él sabía cuando alguien era cuidadoso con los libros por la forma de llevarlos en la mano o por la forma de llevar por la calle los periódicos.

Por lo que he contado hasta aquí, parece que los libros no eran otra cosa que objetos agradables para Joaquín, pero no era así, al menos no era así solamente. He querido dar a conocer mis impresiones de como vivía Joaquín los libros, con qué fervor los cuidaba y como disfrutaba de ellos, pero todavía no he explicado por qué.

Ha sido el mismo Joaquín quien lo ha contado varias veces, la última, en una entrevista que realizamos Enrique Zattara y yo mismo en el número 1 de la Revista Ballix que edita la Concejalía de Cultura de Vélez-Málaga. Comentaba, que de pequeño, empezó a leer animado entre otros por Miguel Berjillos, que tenía una zapatería cerca de su casa y le hablaba de los poetas de la generación del veintisiete, de Lorca, de Miguel Hernández, y le prestaba sus libros para que los leyera. Esto provocó en Joaquín un deseo de conocer más cosas de estos poetas que, claro está,



Dibujo de Joaquín Lobato.

apenas se publicaban, y a interesarse por otras lecturas.

En la entrevista señalada, reconoce que siente, ya en aquella época, una especial atracción por la poesía de San Juan de la Cruz, Miguel Hernández y sobre todo Juan Ramón Jiménez. Es decir, los libros le abren un horizonte en su infancia. Tanto es así, que cambia la pintura, que fue su primer amor, por la poesía gracias a los libros que lee. La poesía será, de aquí en adelante, su gran pasión. Él se consideraba, ante todo, Poeta.

Durante toda su vida, tendrá especial predilección por estos tres poetas citados anteriormente, Miguel Hernández, de quien destacaba su entrega total a la poesía, San Juan de la Cruz, a quien consideraba el gran poeta español y al que citaba de memoria y a Juan Ramón Jiménez, del cual admiraba la limpieza y la pulcritud de su

poesía, así como la cuidada belleza de las ediciones de sus obras.

Había otros muchos poetas a quien admiraba: Lorca, Alberti, Teresa de Jesús... Estudió también a los clásicos de la poesía española y habló y escribió sobre ellos. Sus libros ocupan un lugar importante en su biblioteca.

Joaquín comentaba a menudo que se solía refugiar en lo que él llamaba "*sus paraísos artificiales*". Se encerraba en su casa a pintar, a escribir o a leer y se construía su propio mundo. No es que no viviese la realidad, es que se construía realidades distintas, que no por estar en los libros o en la pintura eran menos reales, al menos para él.

Todos sabemos que Joaquín colaboraba en numerosas iniciativas culturales y cuando se le solicitaba, realizaba escritos, poemas e ilustraciones para carteles, programas, libros, etc. En

varias ocasiones, solicité su colaboración en actividades que realizamos en el Colegio el Romeral de Vélez-Málaga y siempre lo hizo gustoso. En una de ellas, le solicitamos que colaborase en una publicación sobre los libros que realizamos con ocasión del 23 de Abril, y su colaboración fue un dibujo en el que figuraba una frase. Esta frase nos da una idea de la importancia que Joaquín daba a los libros. Él la atribuía a un "anónimo universitario americano", y era la siguiente: *"Las buenas gentes están muertas o no se las encuentra más que en los libros"* lo que puede darnos una idea de la importancia de los libros para Joaquín.

En muchos de sus cuadros y dibujos también aparecen libros. Libros sobre una mesa, libros cerrados, abiertos, casi a punto de emprender el vuelo junto a las palomas que en muchos casos les acompañan. La razón desde mi punto de vista no es otra que su personal concepción de la vida, una vida en la que los libros cobran un papel esencial. Efectivamente, Joaquín era feliz entre los libros. En su casa había libros en todos y cada una de las habitaciones, por que formaban parte de su propio "paisaje". En las librerías, sobre todo en las de los museos, se podía pasar (de hecho se pasaba, cuando visitaba solo los museos) horas y horas viendo y tocando libros. Le encantaban los VIP. Porque podía comprar un libro, si era preciso, a las 12 de la noche.

En un artículo que escribió titulado *"Olores intelectuales"* explica Joaquín algunos aspectos de su relación con los libros. Cito algunos de sus párrafos:

"Cuando entro a una librería lo primero que hago es irme directamente a la mesa que expone las novedades: cojo un libro entre mis manos. Ojeo la portada, descubro su autor, título y edición y después de ojearlo epidérmicamente, lo huelo con ritual parsimonia beatífica y sentimental..."

..."Yo continúo mi trasteo intentando averiguar que cosa pueda interesarme, con cuidado de no llevarme un ladrillo...Mientras tanto me siento estupendamente feliz en medio de estos estantes cargados de libros, zambullido en esta gama de olores a tinta de imprenta, a esos entrañables olores a papeles, apaciblemente arrebatado por este especialísimo perfume atrayente y encantador."

Como se puede comprobar, se sentía como pez en el agua.

El artículo continúa señalando que esos olores rememoran sus *"primitivos cariños por las*

cosas de la literatura y por toda la cosa gráfica e impresa." A los olores "intelectuales" de su infancia, el olor a pegamento para los cromos del álbum o el olor de los tebeos recién comprados, tan distinto del de sus tebeos ya usados y que guardaba en una caja que le daban en la tienda de quincalla que había debajo de su casa.

Es decir, le traían recuerdos de su niñez y de todo lo que pudo conocer gracias a esos productos impresos, los cromos, los tebeos y los libros. Pero además del recuerdo de sus años infantiles y su descubrimiento de la literatura. Los libros son el vehículo esencial de comunicación de ideas, sensaciones y pensamientos entre los seres humanos.

Por eso los libros eran también muy importantes para él como autor, porque mediante los libros podía dar a conocer sus pensamientos y sentimientos. Solía citar a menudo a María Zambrano cuando le preguntaban por que escribía: *"Se escribe para defender la soledad en que se está"*.

Pero además de esta defensa de la soledad, que para él era muy importante, Joaquín quería comunicarse con los demás. Para eso sirven fundamentalmente los libros, esa es su principal virtud.

En una entrevista publicada en el diario "El Avance" en noviembre de 2000 Salvador Gutiérrez le pregunta: *¿Por qué tendrían que leerlo?*. La respuesta de Joaquín es clarísima: *"Porque necesita que me interprete el otro en su silencio"*. Es decir necesita comunicarse con los demás, necesita que se le comprenda.

Esta es la grandeza de los libros para Joaquín la conexión con los otros, el intercambio de ideas, el poder llegar a los otros.

Termino con una anécdota que Joaquín cuenta en la entrevista en la revista "Ballix" que he señalado anteriormente, pero que la quiero contar desde el punto de vista personal, tal y como yo la viví.

Regalé a Joaquín, recién publicado, el *"Diccionario Bibliográfico de la poesía española del siglo XX"* que publicó la Editorial Renacimiento de Sevilla. Cuando Joaquín vio que figuraba su nombre en el Diccionario junto a los de García Lorca o Unamuno, se emocionó, casi no se lo podía creer.

Su emoción venía dada, no por el hecho de estar en una antología con ellos, sino por que había alcanzado su sueño de toda la vida: Sentirse uno más de los creadores de literatura, esos a los que él tanta admiración tenía cuando era niño. No deja de ser curioso que ese encuentro se realizara precisamente en un libro.